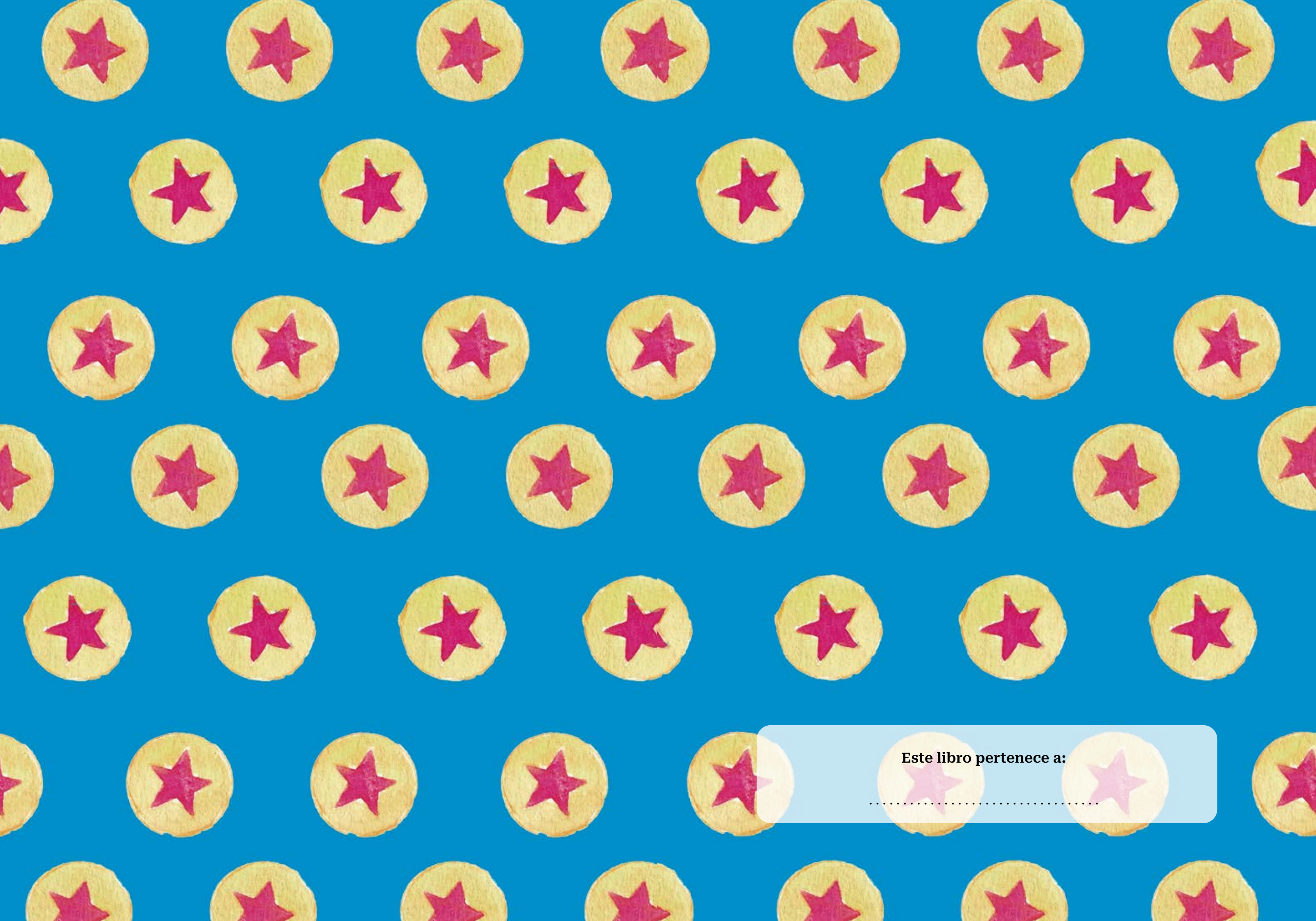


PERDIENDO VELOCIDAD

Samanta Schweblin

Ilustrado por Diego Moscato





Este libro pertenece a:

.....

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Unidad Gabinete de Asesores

Prof. Daniel José Pico

Secretaría de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Subsecretario de Gestión Educativa y Calidad

Lic. Mauro Di María

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Horacio Garay

Directora Nacional de Educación Primaria: Mg. Cinthia Kuperman

Seguimiento editorial: Noelia Forestiere, Pablo Clementoni, Gabriel Szklar

Directora Nacional de Inclusión y Extensión Educativa: Pilar Piccinini

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas: Natalia Porta López

Gestión de derechos: Verónica Varela. **Corrección y asistencia editorial:** María Aranguren

Coordinación de Materiales Educativos

Coordinadora general: Alicia Serrano. **Coordinador editorial:** Gonzalo Blanco.

Edición: Ana Feder, Alcira Bas, Gabriela Nieri, Martín Glatzman.

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez (PNL), Mario Pesci, Paula Salvatierra.

Colaboración: Fabián Ledesma.

En: *Distancia de rescate*. © 2014, Samanta Schweblin

Ilustraciones de Diego Moscato

Schweblin, Samanta

Perdiendo velocidad / Samanta Schweblin; ilustrado por Diego Moscato. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2022.

32 p.: il.; 28 x 20 cm. - (Historias x leer)

ISBN 978-950-00-1603-2

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Infantil. 3. Cuentos. I. Moscato, Diego, ilus. II. Título.

CDD A860

Perdiendo velocidad

Samanta Schweblin

Ilustrado por Diego Moscato



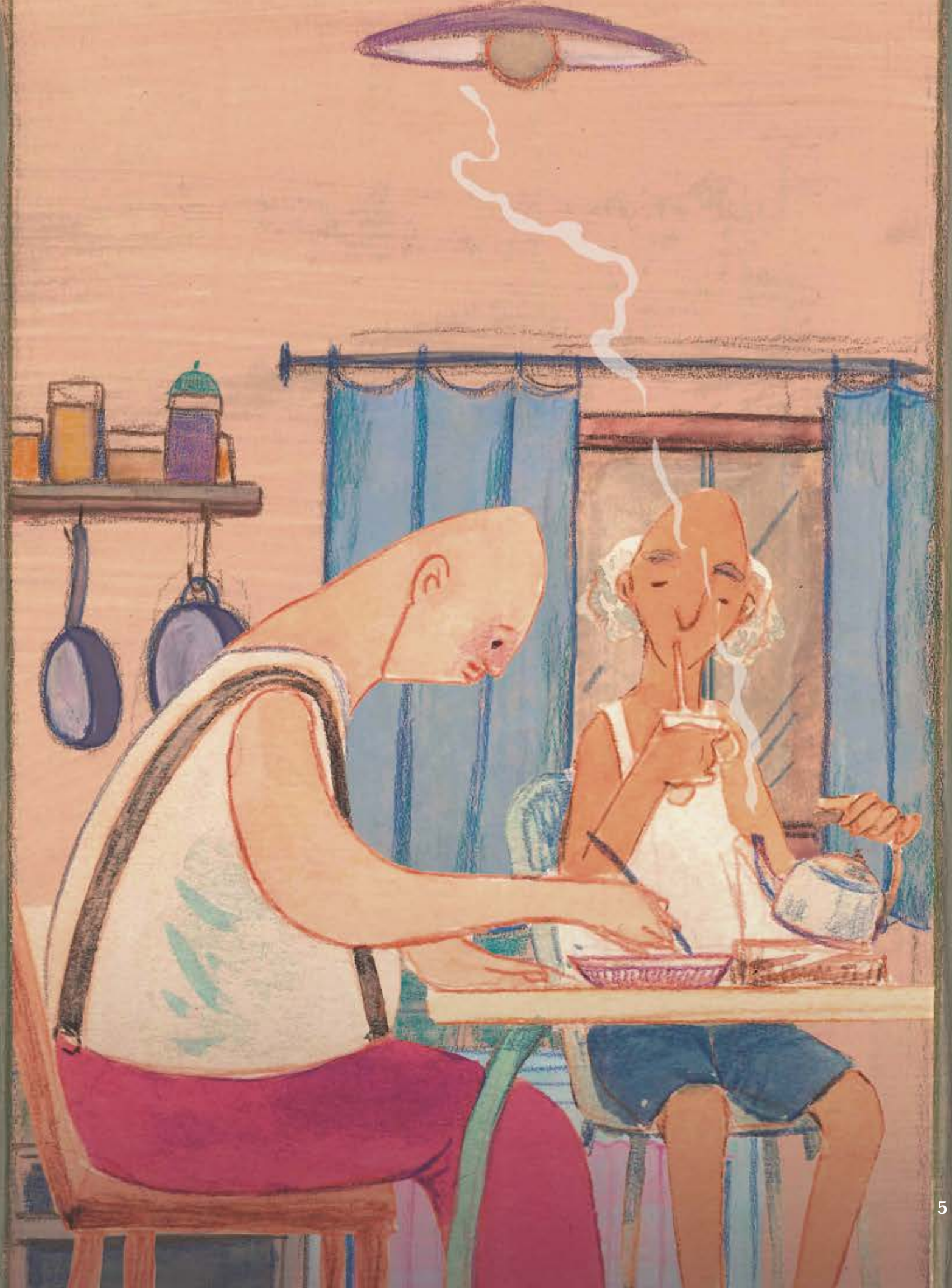


ego se hizo unos huevos revueltos, pero cuando finalmente se sentó a la mesa y miró el plato, descubrió que era incapaz de comérselos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Tardó en sacar la vista de los huevos.

—Estoy preocupado —dijo—, creo que estoy perdiendo velocidad.



Movió el brazo a un lado y al otro, de una forma lenta y exasperante, supongo que a propósito, y se quedó mirándome, como esperando mi veredicto.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —dije—, todavía estoy demasiado dormido.



—¿No viste lo que tardo en atender el teléfono?
En atender la puerta, en tomar un vaso de agua, en
cepillarme los dientes... Es un calvario.



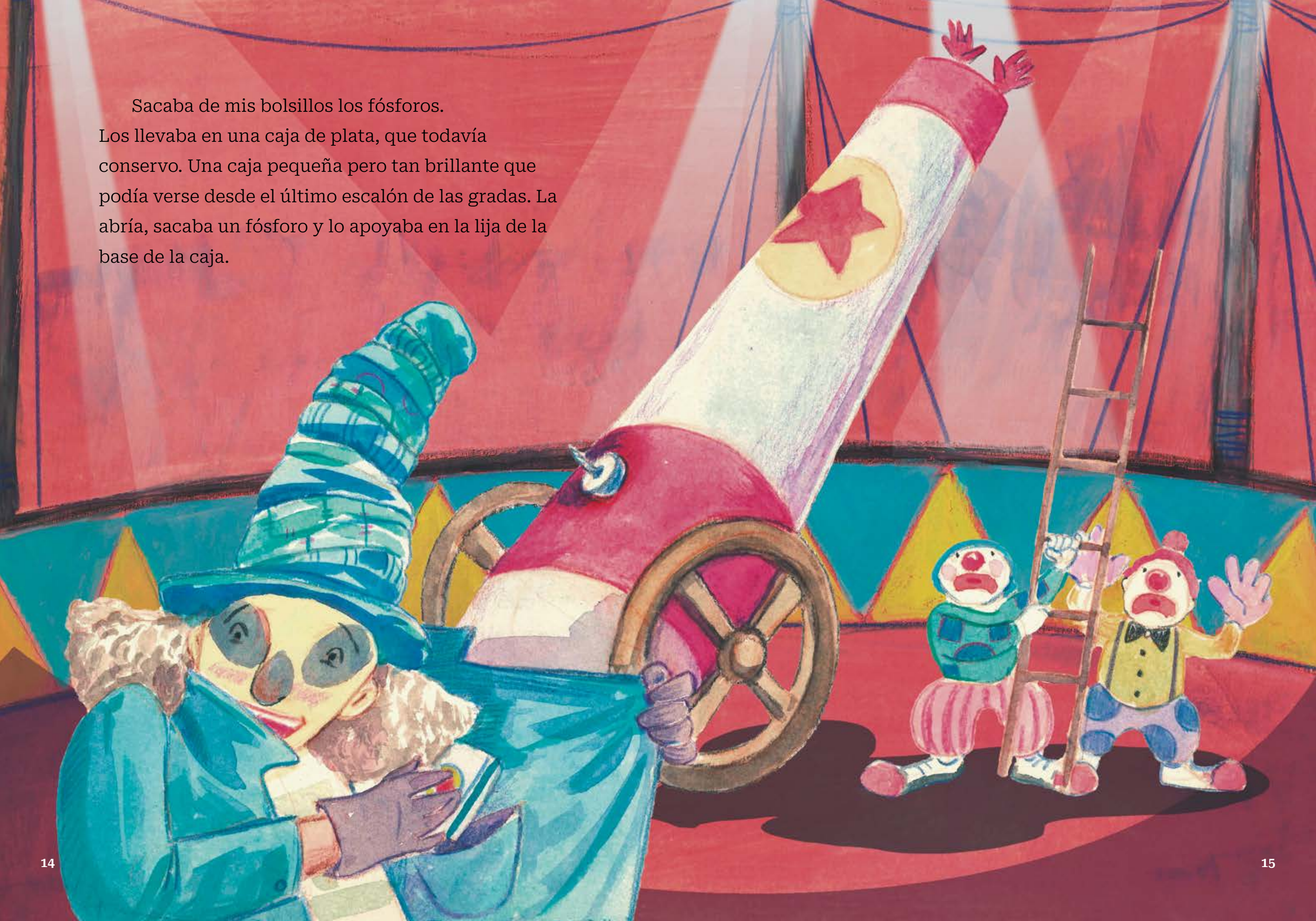
Hubo un tiempo en que Tego volaba a cuarenta kilómetros por hora. El circo era el cielo; yo arrastraba el cañón hasta el centro de la pista. Las luces ocultaban al público, pero escuchábamos el clamor. Las cortinas terciopeladas se abrían y Tego aparecía con su casco plateado. Levantaba los brazos para recibir los aplausos. Su traje rojo brillaba sobre la arena.

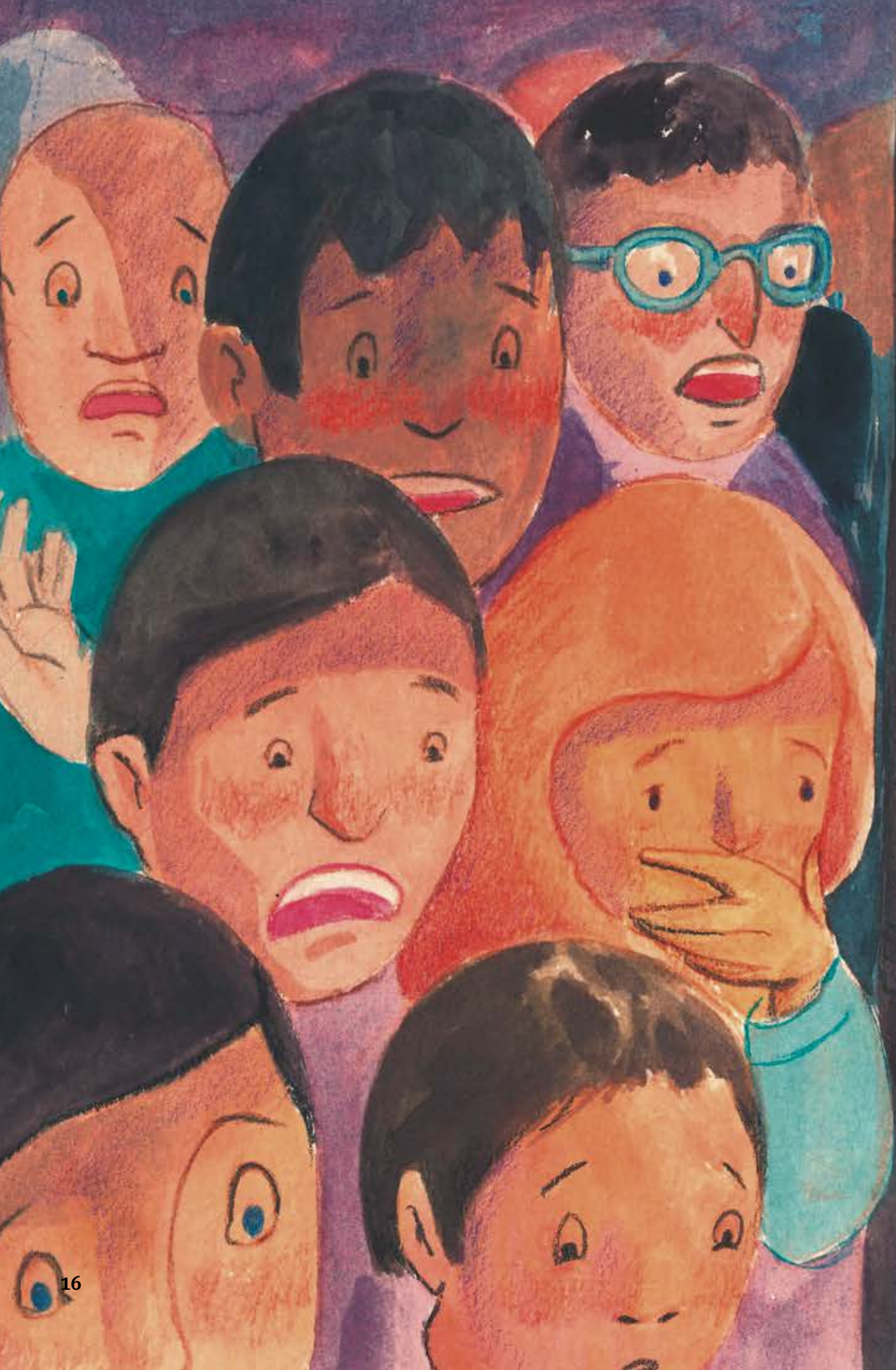




Yo me encargaba de la pólvora mientras él trepaba y metía su cuerpo delgado en el cañón. Los tambores de la orquesta pedían silencio y todo quedaba en mis manos. Lo único que se escuchaba entonces eran los paquetes de pochoclo y alguna tos nerviosa.

Sacaba de mis bolsillos los fósforos.
Los llevaba en una caja de plata, que todavía
conservo. Una caja pequeña pero tan brillante que
podía verse desde el último escalón de las gradas. La
abría, sacaba un fósforo y lo apoyaba en la lija de la
base de la caja.





En ese momento todas las miradas estaban en mí. Con un movimiento rápido surgía el fuego. Encendía la soga. El sonido de las chispas se expandía hacia todos lados.



Yo daba algunos pasos actorales hacia atrás, dando a entender que algo terrible pasaría —el público atento a la mecha que se consumía—, y de pronto: Bum. Y Tego, una flecha roja y brillante, salía disparado a toda velocidad.

Tego hizo a un lado los huevos y se levantó con esfuerzo de la silla. Estaba gordo, y estaba viejo. Respiraba con un ronquido pesado, porque la columna le apretaba no sé qué cosa de los pulmones, y se movía por la cocina usando las sillas y la mesada para ayudarse, parando a cada rato para pensar, o para descansar. A veces simplemente suspiraba y seguía. Caminó en silencio hasta el umbral de la cocina, y se detuvo.

—Yo sí creo que estoy perdiendo velocidad —dijo.

Miró los huevos.

—Creo que me estoy por morir.

Arrimé el plato a mi lado de la mesa, nomás para hacerlo rabiar.

—Eso pasa cuando uno deja de hacer bien lo que uno mejor sabe hacer —dijo—. Eso estuve pensando, que uno se muere.



Probé los huevos pero ya estaban fríos. Fue la última conversación que tuvimos, después de eso dio tres pasos torpes hacia el living, y cayó muerto en el piso.



Una periodista de un diario local viene a entrevistarme unos días después. Le firmo una fotografía para la nota, en la que estamos con Tego junto al cañón, él con el casco y su traje rojo, yo de azul, con la caja de fósforos en la mano. La chica queda encantada.



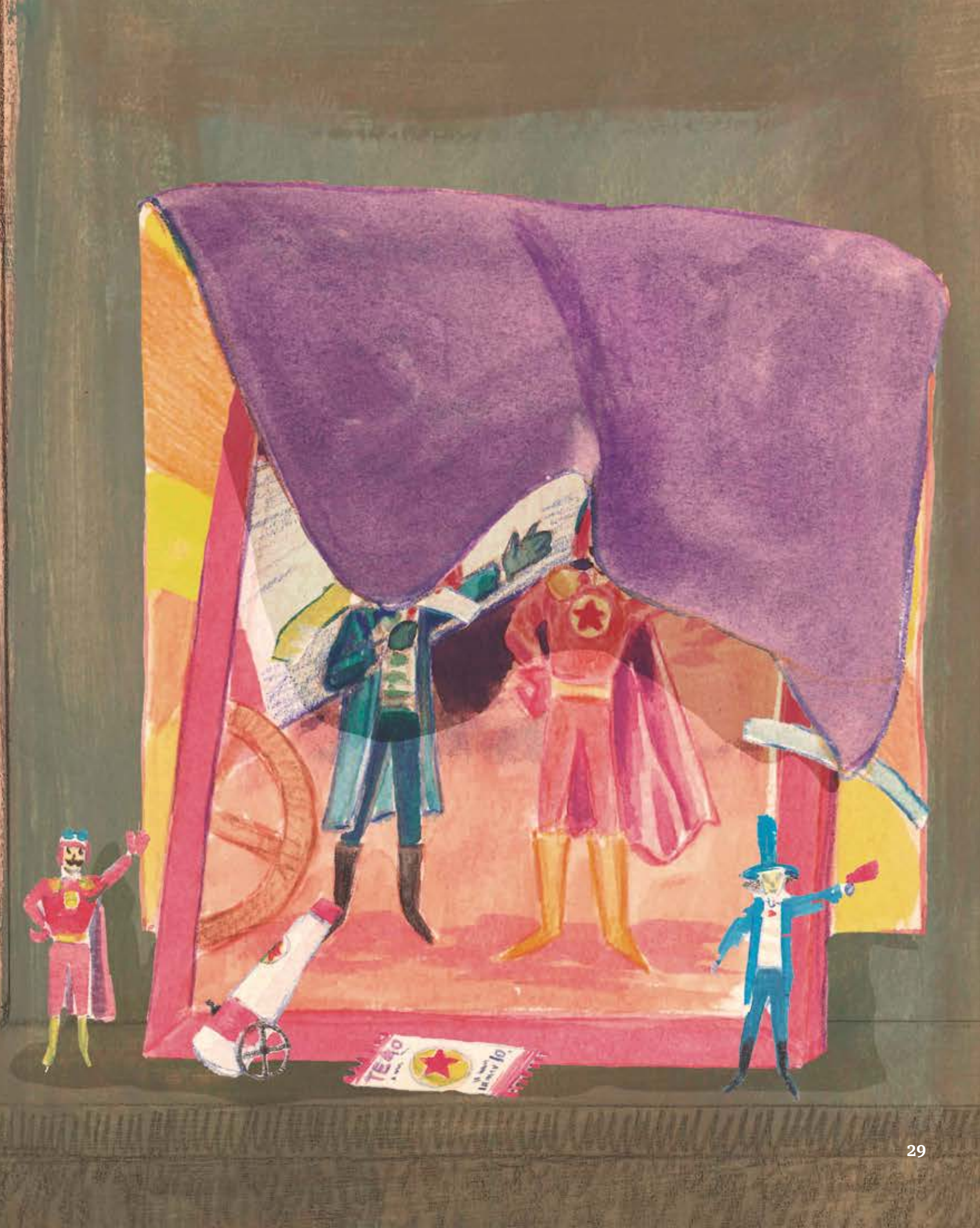
Quiere saber más sobre Tego, me pregunta si hay algo especial que yo quiera decir sobre su muerte, pero ya no tengo ganas de seguir hablando de eso, y no se me ocurre nada. Como no se va, le ofrezco algo de tomar.

—¿Café? —pregunto.

—¡Claro! —dice ella. Parece estar dispuesta a escucharme una eternidad.



Pero raspo un fósforo contra mi caja de plata,
para encender el fuego, varias veces, y nada sucede.





SAMANTA SCHWEBLIN

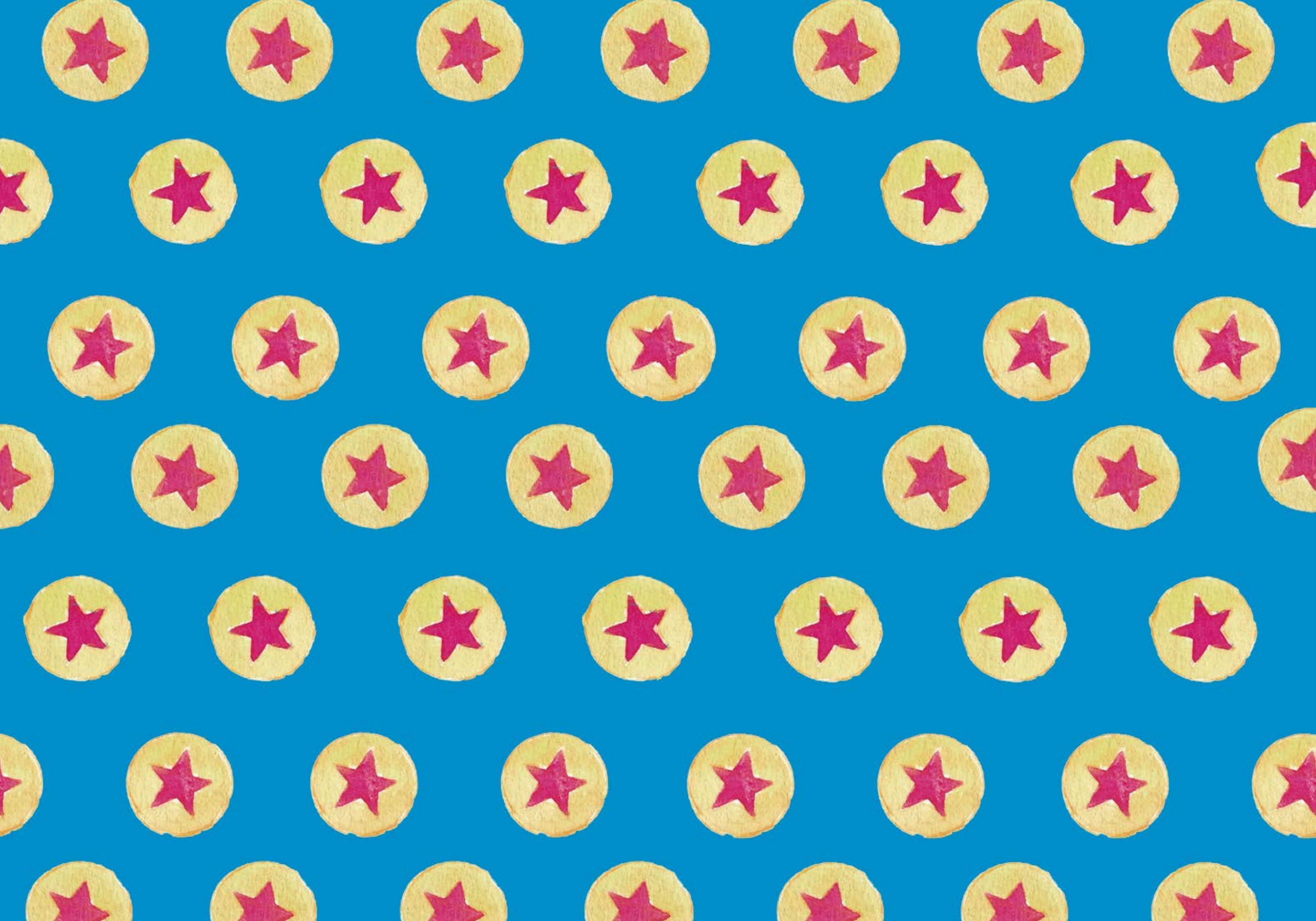
Ciudad de Buenos Aires, 1978. Es cuentista y novelista. Sus obras fueron traducidas a más de treinta y cinco lenguas, y algunas de sus historias han sido llevadas al cine. Publicó, entre otros, los libros de cuentos *Pájaros en la boca* y *Siete casas vacías*, y las novelas *Distancia de rescate* y *Kentukis*. Actualmente vive en Berlín, donde escribe y dicta talleres literarios.



DIEGO MOSCATO

Mar del Plata (Buenos Aires), 1977. Es ilustrador, docente y director de Fotografía. Se formó en la Escuela Argentina de Historietas y en talleres de ilustración, pintura, escultura, grabado y fotografía. Participó en el proyecto Escuelas del Bicentenario del Ministerio de Educación de la Nación y en trabajos para el Canal Encuentro. Ilustró, entre otros libros: *Alguaciles*, con texto de Verónica García y clásicos como *Cenicienta*, *El gato con botas* y *La bella durmiente*.





Historias x leer

Para leer con tus docentes.
Para leer a solas o con otras y otros.
Para mirarlos, escucharlos y compartirlos.

Esta colección está formada por catorce cuentos de escritoras y escritores de nuestro país ilustrados por importantes artistas. Seis han sido traducidos a cinco lenguas indígenas. A través del código QR vas a encontrar una versión multimedia accesible –con interpretaciones en Lengua de Señas Argentina y en texto plano–, musicalizada por la Orquesta Federal Infantil y Juvenil del Programa Nacional de Orquestas y Coros. Estos libros llegan a todas las niñas y todos los niños que están cursando la Primaria en todo el país.

Leer es tu derecho.

Perdiendo velocidad

El circo es un lugar raro. Todo a su alrededor despierta curiosidad. La mezcla de payasos y carromatos; la carpa que se arma de un día para otro; el espíritu nómada y temerario de sus estrellas. Como Tego: estrella, flecha, cometa roja y brillante cruzando el cielo del circo a toda velocidad.



Versión
multimedia

Ejemplar de distribución gratuita